

LA REFORMA POLÍTICA EN LA UNIÓN SOVIÉTICA*

ARCHIE BROWN

A NADIE PUEDE SORPRENDER encontrar una amplia variedad de interpretaciones sobre la evolución política de la Unión Soviética en la literatura occidental. En este trabajo comentaré cuatro de estas reacciones antes de elaborar mi propia interpretación sobre la reforma política emprendida por Gorbachev.

La primera visión, que se sostiene frecuentemente de manera rotunda, afirma que lo que ha sucedido en la Unión Soviética en los últimos tres años son cambios puramente superficiales. Ésta es, quizá, una visión que comparten sobre todo los escritores occidentales que estudian la URSS pero que no leen ruso, y aquellos cercanos tanto a círculos militares como a la comunidad de emigrados. Sin embargo, hay otros especialistas soviéticos que sostienen que en la Unión Soviética actual nada está mejorando. Ejemplos de ello son los soviólogos franceses Alain Besançon y Françoise Thom, que han escrito que “la discrepancia entre la retórica y las acciones soviéticas es ahora más grande que nunca”, que “la impresión de que se realizan grandes cambios en la Unión Soviética” es “totalmente engañosa” y que el país es aún una “sociedad uniforme, atomizada y sin voz”.¹ Esta visión está tan desligada de lo que viene sucediendo en la Unión Soviética que no vale la pena detenerse más en ella. Es suficiente señalar que el momento actual en la URSS es de lucha política sobre el ritmo y la dirección de la reforma. Si el proceso involucrara sólo cambios epidérmicos, esa lucha sería ociosa.

Una segunda posición, que no contradice tan escandalosamente la información disponible sobre lo que sucede en la URSS, dice así: “En

* Traducción de Isabel Turrent.

¹ Alain Besançon y Françoise Thom en el simposio “¿Qué sucede en Moscú?”, en *The National Interest*, núm. 8, Washington, verano de 1987, p. 29.

efecto, Gorbachev es serio al igual que los reformistas que lo apoyan, pero el sistema de *nomenklatura* y sus beneficiarios tendrán buen cuidado de mantener las reformas dentro de límites estrechos.” Un portavoz de esta interpretación es Peter Reddaway, un académico británico que encabeza el Kennan Institute for Advanced Studies of the Soviet Union en Washington. Reddaway escribió: “Si Gorbachev está buscando la cuadratura del círculo al embarcarse en la democratización del sistema soviético, como lo demuestra a cada paso, . . . difícilmente permanecerá en el poder por muchos años. Tarde o temprano la *nomenklatura* se encargará de deponerlo.”² Ésta es una visión que, curiosamente, está presente no sólo en Occidente, sino también en la Unión Soviética. Me parece demasiado determinista y pesimista en exceso, aunque sólo el tiempo dirá si el proyecto reformista está ineludiblemente condenado al fracaso.

Una tercera interpretación sostiene que Gorbachev es serio, y que hay un grupo de personas importante que lo apoya y que presiona en favor de la *perestroika* (reconstrucción), de tal forma que existe por fin una posibilidad real de que una reforma digna de ese nombre tenga lugar en la Unión Soviética. Entre los especialistas occidentales que apoyan esta posición —la de que no puede afirmarse con certeza que la reforma tendrá éxito, pero que es, sin duda, una posibilidad real— se encuentran Robert C. Tucker,³ Alec Nove⁴ y Seweryn Bialer.⁵ Ésta es también la interpretación que yo he sostenido desde la llegada de Gorbachev a la secretaría general⁶ (y aun antes, cuando, durante los años de Brezhnev, afirmé que Gorbachev prometía ser un secretario general reformista).⁷

Una cuarta interpretación es digna de análisis porque la sostiene Jerry F. Hough, uno de los más prominentes observadores de la Unión Soviética en Estados Unidos, que ha elaborado esclarecedores análisis

² Peter Reddaway, *ibid.*, p. 26.

³ Véase Robert C. Tucker, *Political Culture and Leadership in Soviet Society: From Lenin to Gorbachev*, Wheatsheaf, Brighton, Gran Bretaña, 1987, cap. 7, “To Change a Political Culture: Gorbachev and the Fight for Soviet Reform”, pp. 140-198.

⁴ Alec Nove, en *The National Interest*, *op. cit.*, pp. 13-18.

⁵ Véase especialmente Seweryn Bialer, “Gorbachev’s Move”, en *Foreign Policy*, núm. 68, Washington, otoño de 1987, pp. 59-87.

⁶ Véase Archie Brown, “Gorbachev: New Man in the Kremlin”, en *Problems of Communism*, vol. XXXIV, núm. 3, Washington, mayo-junio de 1985, pp. 1-23, y Brown, “Can Gorbachev Make a Difference?”, en *Detente*, núm. 3, Leeds, Gran Bretaña, 1985, pp. 4-7.

⁷ En Archie Brown y Michael Kaser (eds.), *Soviet Policy for the 1980’s*, Macmillan, Londres, 1982, esp. pp. 240-242, 244-245 y 269-270.

sobre la política soviética. Hough considera, por una parte, que es casi un hecho que Gorbachev introducirá con éxito una profunda reforma económica, enterrará el proteccionismo y forzará a la industria soviética a competir en el mercado internacional. Sin embargo, Hough no toma en serio la posibilidad de una reforma política, especialmente si ésta implica una democratización.⁸ Hough ha impuesto al secretario general soviético el calificativo de “dictador” y escribe: “Si hubiéramos seguido aceptando la interpretación del totalitarismo, nuestros primeros juicios sobre el futuro de Gorbachev hubieran sido mucho más acertados.”⁹ Durante los años de Brezhnev, Hough rechazó correctamente la etiqueta de “totalitarismo” como la más apropiada para el sistema soviético y eligió —erróneamente a mi parecer— los términos “pluralismo institucional” o aun “pluralismo institucionalizado”. De hecho, el sistema era más autoritario que pluralista o totalitario. Yo argumentaría que Hough se equivocó entonces al hablar de “pluralismo” y se equivoca ahora al reintroducir el término totalitarista cuando estamos frente al surgimiento de un régimen autoritario más ilustrado, y aun ante la aparición de algunos elementos de pluralismo en la teoría y la práctica soviéticas.

LAS POLÍTICAS DE LA REFORMA ECONÓMICA

En general, uno de los mayores estímulos para emprender una reforma ha sido el estado de la economía soviética. Por ahora tiene prioridad en la agenda política una profunda reforma económica. Emprenderla es especialmente difícil y un argumento es que, dado el fracaso de la “reforma de Kosigin” de 1965, no hay razón para suponer que el intento reformista actual tenga un destino mejor. Como a fin de cuentas las reformas política y económica están estrechamente ligadas, ese argumento merece una respuesta. Existen, de hecho, seis diferencias importantes entre los años sesenta y los ochenta en relación con las perspectivas de una reforma económica en la Unión Soviética.

En primer término, las tendencias económicas objetivas son inconmensurablemente más desfavorables ahora que entonces. Aun las cifras oficiales —y varios economistas soviéticos han sugerido que la realidad es más sombría— indican una caída de largo plazo en la tasa de creci-

⁸ Jerry F. Hough, “Gorbachev Consolidating Power”, en *Problems of Communism*, vol. XXXVI, núm. 4, Washington, julio-agosto de 1987, pp. 21-43.

⁹ *Ibid.*, p. 21.

miento económico de la Unión Soviética. En términos generales, en los años sesenta la tasa de crecimiento anual promedio fue la mitad de la de los setenta y a principios de los ochenta fue a lo sumo la mitad del promedio de la década de los setenta. Si la comparamos en el ámbito internacional, la tasa de crecimiento económico de la Unión Soviética en los sesenta era aceptable todavía, pero esto dejó de ser cierto en los ochenta. Más aún, la brecha tecnológica entre la URSS y los países capitalistas más avanzados estaba ampliándose en buen número de ramas de la economía, especialmente en la informática, de importancia crucial para una economía moderna.

En segundo lugar, la percepción de las situaciones en los años sesenta y en los ochenta es muy diferente. A principios de los sesenta, Khrushchev predecía que la Unión Soviética sobrepasaría económicamente a los Estados Unidos para 1970, y a mediados de los sesenta, Brezhnev, a pesar de su cautela natural, mantenía una actitud complaciente frente a las perspectivas de la economía soviética. Gorbachev y otros líderes soviéticos contemporáneos, por el contrario, han hablado frecuentemente de que a principios de los ochenta la Unión Soviética se encontraba en un “estado de precrisis”. En su reciente libro, *Perestroika*, Gorbachev afirmó: “Cualquier retraso para comenzar la *perestroika* hubiera desembocado en una situación difícil en el futuro cercano, la cual, para decirlo con claridad, hubiera estado marcada por serias crisis sociales, económicas y políticas.”¹⁰

En tercer término, el hecho mismo de que hablemos de la “reforma de Kosigin” es revelador. Fue, sin duda, la cabeza del consejo de ministros, Alexei Kosigin, y no el secretario general del partido comunista, Leonid Brezhnev, quien presionó a favor de una reforma económica a mediados de los años sesenta. Sin embargo, aunque quien encabeza el consejo de ministros es un personaje importante dentro del liderazgo soviético, no tiene tanto poder como el secretario general. En consecuencia, el hecho de que Brezhnev prestara oídos a la preocupación de los burócratas del Estado y del partido sobre las consecuencias de la reforma económica, y no diera su apoyo abierto a los esfuerzos de Kosigin, fue suficiente para condenarlos al fracaso. En contraste, es de suma importancia que, cuando Chernenko murió en marzo de 1985, el más comprometido con la aplicación de una reforma económica fuera el nuevo secretario general Gorbachev, mientras que el presidente del consejo de ministros, el viejo Tikhonov (un antiguo aliado de Brezhnev), la blo-

¹⁰ Mikhail Gorbachev, *Perestroika: New Thinking for our Country and the World*, Collins, Londres, 1987, p. 17.

queara. No fue ninguna sorpresa, en septiembre de 1985, que Tikhonov fuera remplazado por Ryzhkov. La posición del nuevo premier, aunque moderada y cauta, es mucho más cercana a la línea reformista de Gorbachev que a la de Tikhonov. El hecho fundamental que vale la pena resaltar es que, históricamente, en la Unión Soviética la posición del secretario general ha tendido a prevalecer sobre la del premier, cuando esas posiciones no son armónicas.

En cuarto lugar, el panorama del comunismo en el mundo de hoy es muy diferente del de los años sesenta. Kosigin no tenía modelos para reformar la "economía por mandato" de la Unión Soviética. En 1965 no se había intentado una reforma económica seria en ningún país comunista, aunque en Hungría, Checoslovaquia y Polonia se discutía ya la necesidad de una reforma. El país que estaba a la vanguardia era Checoslovaquia, y en 1968 sus planes de reforma económica fueron acompañados por una transformación política mucho más amplia de la que podía tolerar el gobierno de Brezhnev. Esa conjunción de reformas política y económica que representó la "Primavera de Praga" fue el último clavo del ataúd de la reforma de Kosigin: fortaleció a los opositores internos de la reforma y colocó a los reformadores soviéticos a la defensiva. El "éxito" soviético que significó detener la reforma económica y la liberalización política en Checoslovaquia (mediante una intervención armada en agosto de 1968), fue una victoria pírrica. Contribuyó a retrasar 15 años una reforma indispensable en la Unión Soviética.

El contexto del comunismo internacional es muy diferente ahora. Desde la perspectiva del liderazgo soviético, China era otro factor negativo en los años sesenta. Pekín se encontraba en los albores de la "revolución cultural" y condenaba hasta el más tibio intento reformista de la Unión Soviética como "revisionismo". Actualmente, China ha emprendido una reforma económica aún más radical que cualquier medida que se haya tomado en la URSS y, lejos de criticar los esfuerzos reformistas soviéticos, desea que éstos se profundicen. Además de China, la URSS puede aprender de los experimentos reformistas en Hungría, Bulgaria y la RDA. Sin duda, una de las características más novedosas del proceso soviético es que tanto los líderes como diversos especialistas reconozcan que están estudiando a fondo las reformas que han emprendido los "países hermanos" y que pueden aprender mucho de ellos, aunque deban aplicar esas lecciones a las necesidades particulares de la sociedad y de la economía soviéticas.

En quinto lugar, la *perestroika* de Gorbachev es un concepto de reforma mucho más amplio que el de Kosigin. Al menos el ala reformista del liderazgo acepta que una reforma económica *per se* no es sufi-

ciente: para que la opinión pública acepte la disciplina del mercado y del plan, se requiere cierta democratización y abrir la información sobre las deficiencias que plagaban al sistema económico soviético antes de la reforma. Los reformadores más radicales creen que la *glasnost* y la democratización son deseables por sí mismas. Un número más considerable de personas piensa que son, además, un complemento indispensable para que la reforma económica triunfe sobre la inercia institucional, la oposición abierta y el extendido escepticismo público. Los reformadores de los ochenta han aprendido una lección: no es suficiente introducir una reforma económica aislada de la vida política y social.

Una sexta diferencia entre la segunda mitad de la década de los sesenta y los últimos años de los ochenta radica en la calidad del liderazgo soviético. Desde el secretario general hasta el jefe del comité estatal de precios, la URSS tiene, sin duda, un grupo de líderes más ilustrado y capaz que el de hace 20 años. El hecho ha sido ampliamente subrayado en relación con los encargados de la toma de decisiones en el ámbito de la política exterior, pero es también cada vez más cierto para aquellos funcionarios encargados de la política interna. Es el liderazgo mejor calificado y con el conocimiento más profundo del mundo exterior que haya tenido la Unión Soviética desde los tiempos de Lenin.

EL FACTOR GORBACHEV

El papel que desempeña Gorbachev merece énfasis especial. A pesar de las indudables limitaciones al poder de Gorbachev, el puesto de secretario general concentra el mayor número de instrumentos de poder en el país, y Gorbachev ha demostrado que sabe usarlos con gran habilidad. La llegada de Gorbachev al poder modificó la “balanza de influencias” dentro del sistema soviético. Si pensamos en los asesores políticos —los especialistas que tienen influencia— y en los grupos de opinión dentro de la *intelligentsia* y el aparato del partido, es claro que un número mucho mayor de ellos ejerce más influencia de la que tuvieron en la era de Brezhnev.¹¹

En la cúspide, Gorbachev parece tener mayor fuerza en el Comité Central que en el Politburó. En ese contexto es interesante que el segundo secretario *de facto* del partido, Egor Ligachev, anunciara en una entre-

¹¹ Para una discusión más completa sobre esto, véase Archie Brown, “Gorbachev and Reform of the Soviet System”, en *The Political Quarterly*, vol. 58, núm. 2, Oxford, abril-junio de 1987, pp. 139-151.

vista concedida en Francia a principios de diciembre de 1987, que él (y no Gorbachev) encabezaba las reuniones semanales del secretariado, mientras que Gorbachev dirigía las del Politburó.¹² Aunque —de acuerdo con Gromyko¹³— aparentemente Gorbachev también “encabezó el secretariado” durante los tres meses en que Chernenko fue secretario general, éste es un precedente poco adecuado. Chernenko era un hombre mayor y estaba enfermo; Gorbachev, por el contrario, da la impresión de encontrarse en la plenitud de sus facultades físicas. Más bien, parecería que una mayoría dentro del Politburó, consciente de la rapidez con que Gorbachev ha consolidado una base de apoyo en el secretariado, deseara tener un contrapeso al secretario general a cargo de la organización diaria de su trabajo.

Pero a pesar de esas limitaciones, Gorbachev está, a principios de 1988, en una posición de más fuerza que en 1985, cuando llegó a la secretaría general. Si consideramos los casi tres años en que Gorbachev ha sido líder del partido, es evidente que en 1987 se adoptaron más documentos reformistas de largo alcance que en 1986, y en este año más que en 1985. ¿Es esto resultado de un proceso de “radicalización” de Gorbachev, conforme descubrió que los problemas que heredó eran más graves de lo que había pensado? Algunos académicos occidentales han sugerido que ésta es, sin duda, la explicación.¹⁴ Desde mi punto de vista es parte de ella, pero sólo una pequeña parte. Desde antes de llegar a la secretaría general, Gorbachev había recibido los consejos y conocía los análisis de diversos científicos sociales reformistas, como Tatyana Zaslavskaya y Abel Aganbegyan. En un discurso muy interesante que pronunció Gorbachev en una conferencia sobre ideología en Moscú, en diciembre de 1984 (sólo tres meses antes de suceder a Chernenko como líder del partido), del cual *Pravda* publicó sólo la mitad,¹⁵ se encuentran ya huellas de la influencia de Zaslavskaya y Aganbegyan y avances de los argumentos que esgrimiría Gorbachev con más fuerza en 1987.

El hecho de que Gorbachev haya delineado más a fondo que antes, en la sesión plenaria del Comité Central, en enero de 1987, sus ideas sobre la reforma política y, en junio del mismo año, su pensamiento

¹² *Le Monde*, 3 de diciembre de 1987.

¹³ “Rech’ tovarishcha A.A. Gromyko na Plenum Tsk KPSS 11 Marta 1985 goda”, en *Kommunist*, núm. 5, marzo de 1985, pp. 6-7.

¹⁴ Véase Bialer, *op. cit.*, p. 60, y Wolfgang Leonhard, “The Bolshevik Revolutions Turns 70”, en *Foreign Affairs*, vol. 66, núm. 2, Nueva York, invierno de 1987-1988, p. 406.

¹⁵ Véase M. S. Gorbachev, *Zhivoe tvorchestvo naroda*, Politizdat, Moscú, 1984, y compárese la versión reducida del discurso en *Pravda*, 11 de diciembre de 1987.

sobre la reforma económica, es sobre todo reflejo de su fuerza creciente y del grupo reformista dentro del aparato central del partido. En ambos plenos fue evidente el fortalecimiento de su posición como líder. Un antiguo conocido de Gorbachev desde los días de la Facultad de Leyes en la Universidad de Moscú, Anatolii Lukyanov, fue elegido miembro del secretariado en enero, y otros aliados del secretario general, como Aleksandr Yakovlev (sobre todo), Viktor Nikonov y Nikolai Slyunkov (aunque este último tiene una relación más cercana con Ryzhkov), fueron nombrados secretarios decanos, es decir miembros plenos del Politburó y secretarios del Comité Central en junio de 1987.

El radicalismo de los pronunciamientos de Gorbachev en los plenos de enero y junio puede haber endurecido la resistencia conservadora al cambio desde junio de 1987. Posteriormente, se convocó a una conferencia partidista de toda la Unión, que se llevará a cabo en junio de 1988. La conferencia girará en torno a la posibilidad de profundizar la democratización y la reforma económica. Es natural que el periodo que desembocará en la conferencia sea de lucha política. Nikolai Shmelev escribió (en el primer número de *Moscow News* de 1988) sobre un "crecimiento de la resistencia por parte de las fuerzas conservadoras" y añadió que "el conservadurismo está en contra de todas las fuerzas que activan el autodesarrollo social, porque estas fuerzas niegan la lógica misma de la existencia de la burocracia irresponsable y embotada, que está convencida de que la *perestroika* es un capricho histórico".¹⁶

Parece posible, sin embargo, que Gorbachev consolide más aún su poder para la conferencia que se reunirá a fines de junio de 1988. Si sucede así, se elegirá una proporción significativa de nuevos miembros del Comité Central que fortalecerán las filas de aquellos que apoyan una reforma de largo alcance. Gorbachev es un político consumado y, a pesar de la resistencia a la reforma, el puesto de secretario general le da buen número de ventajas, que incluyen una mayor influencia sobre los nombramientos clave que la que tiene cualquier otro individuo dentro del sistema soviético. El secretario general posee también el derecho y el deber de representar al país en conversaciones de alto nivel con líderes de otros países, incluyendo al presidente de la otra "superpotencia". Todo ello tiende a ampliar la brecha de autoridad entre Gorbachev y sus colegas, y su gran prestigio internacional dificulta, de hecho, que sus opositores internos lo ataquen abiertamente o, con mayor razón, que lo depongan.

¹⁶ Nikolai Shmelev, "Perfil of another kind", en *Moscow News*, núm. 1, 3 de enero de 1988.

CAMBIO IDEOLÓGICO

¿Cuál es el contenido de la reforma política que buscan Gorbachev y sus seguidores? ¿Qué ha cambiado? Una de las transformaciones más importantes se ha dado en el ámbito de la teoría. La ideología oficial no es tan inflexible y estática como a veces se cree en Occidente. De hecho, ha sufrido importantes modificaciones en los últimos 70 años. Por razones de espacio no podemos examinar los años anteriores, pero aun si nos remontamos tan sólo a la era Brezhnev, es posible ver un contraste significativo entre los escritos doctrinales de esos años y los de Gorbachev. En el periodo de mayor poder de Brezhnev (después de 1968 y especialmente a partir de 1971), la ideología oficial adquirió un tono complaciente, cauteloso y, a la vez, defensivo.

Brezhnev adoptó personalmente el concepto de “socialismo desarrollado” para caracterizar la etapa de desarrollo alcanzada durante su gobierno. El debate sobre la naturaleza y periodización del “socialismo desarrollado” se convirtió en una gran industria académica bajo Brezhnev. Los conservadores que detentaban el poder y el conservadurismo de la ideología oficial que subrayaba el “desarrollo” de la sociedad soviética —haciendo caso omiso de las colas, escasez, ineficiencia e injusticia que persistían en el mundo soviético real—, desalentaron cualquier crítica al sistema y a la sociedad. En el discurso que pronunció durante el XXVII Congreso del partido en 1986, Gorbachev apuntó cómo “el socialismo desarrollado” había enmascarado al conservadurismo, e indudablemente tenía en mente *inter alia* el “socialismo desarrollado” cuando durante el pleno del Comité Central, en enero de 1987, afirmó que “se había alentado en el país la elaboración de todo tipo de teorías escolásticas que no interesaban ni tenían relación con los problemas vitales de nadie, mientras que los intentos para llevar a cabo análisis constructivos y desarrollar nuevas ideas no fueron apoyados”.¹⁷

Las palabras clave de Gorbachev son *perestroika* (reconstrucción o reestructuración), *uskorenie* (aceleración), *glasnost* (apertura), y *demokratizatsiya* (democratización). El primero de estos conceptos ocupa, de hecho, el lugar de honor, y se ha interpretado como reforma política y económica. Gorbachev, ciertamente, ha hablado más de una vez —para empezar, en el XXVII Congreso— de la necesidad de una “reforma radical”. Ha dejado en claro que *perestroika* significa un programa de acción en contraste con “socialismo desarrollado”, que se convirtió en una racionalización de la inactividad. La verdadera resistencia que están encon-

¹⁷ *Pravda*, 28 de enero de 1987.

trando la "reconstrucción" y una mayor apertura dentro del sistema y la sociedad soviética, es evidencia suficiente de que esta vez está en juego algo más que cambios superficiales y malabarismos conceptuales.

La "aceleración" significa "poner de nuevo al país en movimiento" después del estancamiento económico de los últimos años de Brezhnev. Detrás de la idea de "acelerar" la economía se encuentra, hasta cierto punto, el imperativo ideológico de "sobrepasar" al capitalismo, y el gobierno ha establecido metas económicas probablemente poco realistas. No obstante, Gorbachev está consciente de que, si la aceleración desemboca en un avance industrial medido sólo con base en los viejos y poco precisos índices de producción bruta, nada habrá mejorado. Es menos claro, sin embargo, que eso implique voluntad de aceptar con ecuanimidad el cierre de industrias ineficientes en el periodo de transición y adaptación a lo que ahora se llama "Nuevo Mecanismo Económico" (habría varios años de bajo crecimiento cuantitativo, como resultado del énfasis actual en la calidad de la producción).

El cambio que ha llevado a la *glasnost* es uno de los rasgos más sorprendentes de la Unión Soviética contemporánea. La *glasnost* ha sido prácticamente incorporada a la ideología oficial y, como tal, no debe confundirse con una libertad total para publicar. Implica un ensanchamiento bien definido de los límites de lo posible en la información que puede ponerse a disposición del público y en el debate. Por el momento, los límites son aquellos que caracterizan a un régimen autoritario más ilustrado que antes, y no a un sistema político pluralista. De cualquier forma, la mejoría en el grado de apertura y análisis críticos que pueden encontrarse en las publicaciones soviéticas es quizá el mayor de todos los cambios emprendidos por Gorbachev.

El líder soviético adoptó el término "democratización", que es ahora de uso común en la Unión Soviética y trae a discusión asuntos aún más amplios. Existen, de hecho, elementos que apuntan a una participación democrática en el pensamiento de Marx y Lenin, y Gorbachev ha justificado no sólo su política económica, sino también una relación más conciliadora con grupos diversos e intereses legítimos en la sociedad, con base en los últimos escritos de Lenin (los del periodo de la Nueva Política Económica, NPE).

Gorbachev usó la palabra "pluralismo" tres veces durante 1987 en un contexto positivo, aunque limitado. Es la primera ocasión en que un líder del partido en la Unión Soviética emplea el término "pluralismo" en una forma que no implique un ataque. Los políticos soviéticos, los teóricos y propagandistas anatematizaron el concepto desde que tomaron conciencia de su existencia en 1968, cuando lo adoptaron inte-

lectuales prestigiados del partido en Checoslovaquia (y fue aceptado también, en principio, por muchos comunistas yugoslavos, polacos y europeos occidentales).¹⁸ Gorbachev usó por primera vez el término “pluralismo” de manera positiva en el discurso que pronunció ante representantes de los medios de comunicación y sindicatos de artistas en julio de 1987, cuando criticó el control que ejercen reducidas camarillas sobre el acceso a los periódicos soviéticos: “Cambiamos el resultado” de tal forma que toda la sociedad participe y, por decirlo así, esté presente la totalidad del pluralismo socialista (*plyuralizm sotsialisticheskii*).¹⁹

La segunda ocasión en que Gorbachev utilizó la palabra “pluralismo” como un concepto con connotaciones positivas fue en una reunión con un grupo de personalidades políticas francesas que visitaron la Unión Soviética a fines de septiembre. Un comunista francés elogió el mayor “pluralismo de opiniones” que se “tolera más y más actualmente” en la sociedad soviética. Gorbachev respondió: “Es cierto, pero a la palabra pluralismo le añadimos un solo adjetivo: pluralismo socialista. Eso significa que nuestra democracia y nuestro pluralismo están basados en nuestros valores socialistas.”²⁰ Aquí, por supuesto, Gorbachev estableció límites al pluralismo, pero en el contexto soviético esto no es nuevo. Lo novedoso y significativo es que haya estado dispuesto a aceptar el término “pluralismo socialista” (a diferencia de monismo o monolitismo) como una meta positiva y aun deseable.

La tercera ocasión en que Gorbachev mencionó el término “pluralismo” positivamente —destacando, como la primera vez, la necesidad de una diversidad de autores dentro de la prensa y las revistas soviéticas— fue en su libro *Perestroika*.²¹ La mención es evidencia suficiente de que la introducción del término “pluralismo” es un acto político deliberado del líder soviético.

Indudablemente, éstos no son refrendos casuales de Gorbachev al pluralismo, aunque sea “pluralismo socialista”. Reflejan más bien su apoyo a la visión de algunos de los reformistas que lo rodean, que apunta a una revisión urgente de las actividades soviéticas frente a la noción de pluralismo. Indican la aceptación de que el concepto es de gran valor para ellos en su lucha contra el dogmatismo y la tolerancia política.

¹⁸ Véase por ejemplo A. V. Kuznetsov (seudónimo), “O teoreticheskikh kontseptsiyakh odnogo pol'skogo politologa”, en *Voprosy filosofii*, núm. 12, diciembre de 1983, pp. 26-39, para un ataque a la exposición sobre pluralismo socialista de Jerzy Wiatr, prominente comunista y científico social polaco.

¹⁹ *Pravda*, 15 de julio de 1987.

²⁰ *Pravda*, 30 de septiembre de 1987.

²¹ Gorbachev, *Perestroika*, *op. cit.*, p. 77.

Refleja también el hecho de que bajo Gorbachev han sido tolerados algunos elementos de pluralismo *de facto* en la sociedad soviética.

Así, por ejemplo, los periódicos y las revistas soviéticas se han diferenciado cada vez más en sus actitudes hacia la reforma y el pasado. Los editores tienen mucha mayor libertad de acción para determinar las líneas de sus publicaciones y reciben menos instrucciones desde arriba. Estos elementos pluralistas *de facto* se proyectan también en la existencia de un número considerable de organizaciones no oficiales, algunas de las cuales han sido atacadas en los medios de comunicación masiva, pero no suprimidas. El ejemplo más notable es la asociación nacionalista rusa *Pamyat* (Memoria), que a pesar de ser criticada en la prensa sigue funcionando. Se trata de una organización antisemita y muy conservadora; pero los conservadores de otro tipo (aquellos que se precian de su ortodoxia marxista-leninista) han pedido que se suprima. *Pamyat* se ha convertido en un caso de prueba, y los reformistas del partido han resistido hasta ahora las propuestas para acabar con la organización. Argumentan que eso podría utilizarse como precedente para eliminar a cualquier otro grupo independiente, lo que llevaría a aplastar los retoños de pluralismo político aparecidos hasta ahora.

El hecho de que Gorbachev haya dado al "pluralismo" un apoyo calificado por el adjetivo "socialista", y de que el liderazgo del partido retenga el poder para definir las fronteras del socialismo en la teoría y en la práctica, indica que se trata de un pluralismo estrictamente limitado. Los elementos pluralistas existentes están lejos de ser suficientes para que tenga sentido describir el sistema soviético, en este momento en que se inicia la reforma, como un régimen pluralista. De cualquier forma, los apuntamientos de Gorbachev lo acercan a la visión de los reformadores de la "Primavera de Praga", o a la de los comunistas polacos que han sido atacados tan a menudo por intentar elaborar una defensa teórica y práctica del pluralismo socialista.²²

LA AGENDA DE LA REFORMA POLÍTICA

El término "democratización" ha sido ya mencionado, y su significado en la práctica soviética sólo se aclarará en los próximos años. Para Gor-

²² Para una discusión más detallada sobre el problema del pluralismo y las políticas comunistas, véase Archie Brown, "Pluralismo, poder y el sistema político soviético: una perspectiva comparativa", en *Foro Internacional*, vol. XXIII, núm. 2, México, octubre-diciembre de 1982, pp. 146-182.

bachev parece significar, entre otras cosas, *glasnost*, más elecciones competitivas, aunque, sin duda, no significa elecciones libres para todos.

En una reunión con importantes figuras de los medios de comunicación masiva y sindicatos de artistas, en enero de este año Gorbachev señaló: “Estamos a favor de la *glasnost* sin reservas o limitaciones, pero a favor de la *glasnost* en interés del socialismo”.²³ Sin embargo, dado que a fin de cuentas es el liderazgo del partido comunista el que define qué sirve y qué no “a los intereses del socialismo”, la *glasnost* tiene, de hecho, limitaciones. Es claro, de cualquier manera, que Gorbachev favorece una proporción sustancialmente mayor de franqueza y apertura que la que había caracterizado la vida social y política soviética de los años veinte.

En la misma reunión, Gorbachev reiteró su deseo de fortalecer “el proceso de democratización en el partido”. Apuntó, correctamente, que “si ese proceso no se lleva a cabo en el partido, tampoco tendrá lugar en la sociedad”.²⁴ Gorbachev distinguió entre la democratización al estilo soviético y la democracia occidental al subrayar que el proceso electoral se extendería a las instituciones económicas. Se refería al principio de elección de los administradores de las industrias, supervisores y jefes de equipo, por los miembros de las organizaciones colectivas laborales, que se aprobó recientemente.²⁵

Para los intelectuales del ala reformista del partido, el problema clave sigue siendo la institucionalización de los cambios, que hasta el momento podrían parecer volátiles, retóricos y reversibles. Aquéllos desean fortalecer el papel de las normas legales en la vía soviética e introducir una legislación específica en los medios de comunicación masiva, lo que equivaldría a una “ley de libertad de información” que definiera los secretos de Estado y el derecho de los ciudadanos a obtener información del Estado.²⁶

Especialistas analizan estas medidas y los proyectos de propuestas para una ley electoral y una ley sobre *referenda*. En los debates tras bambalinas se sostienen diferentes puntos de vista, y las nuevas leyes no se aplicarán, al parecer, hasta que se lleve a cabo la conferencia del partido de junio de 1988. El resultado de la batalla política entre conservadores y reformistas decidirá qué tan radical sea la distancia entre la nueva legislación y la práctica soviética del pasado. Gorbachev mismo afirmó

²³ *Pravda*, 13 de enero de 1988.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*

recientemente que “los problemas relacionados con la democratización de la sociedad soviética serán los puntos centrales” que se discutirán en la conferencia del partido y mencionó entre ellos el sistema electoral, la reforma de los tribunales y, de manera general, la reforma legislativa.

Los reformadores dentro del partido dan especial importancia a las elecciones competitivas para elegir a los funcionarios del partido y a los diputados de los soviets. Gorbachev otorgó su *imprimatur* a la idea durante el pleno del Comité Central de enero de 1987. Argumentó que debe haber más de un candidato para las secretarías del partido (incluyendo a los primeros secretarios) en todos los niveles, desde los distritos hasta las repúblicas de la Unión. Más vagamente añadió que, “en opinión del Politburó”, el principio de “mayor democratización debería aplicarse también a la formación de los organismos centrales que dirigen al partido”. Esto sería, concluyó Gorbachev, “totalmente lógico”.²⁷

No obstante, dado que actualmente la mayoría de los dirigentes del Comité Central del partido son funcionarios que provienen de la era Brezhnev (aunque probablemente esto cambie después de la conferencia de junio de 1988), está muy lejos de probarse que a Gorbachev y a sus aliados les hubiera ido mejor, desde 1985, si los miembros del Politburó y del Secretariado del Comité Central hubieran sido elegidos en elecciones verdaderamente libres por los miembros del Comité Central, en lugar de ser cooptados desde arriba en un proceso que otorgó al secretario general libertad de acción mayor que la de cualquiera de sus colegas. Así, la actitud de los reformistas respecto a extender el principio de elecciones genuinas hasta la cúspide de la jerarquía partidista, es análoga, de alguna manera, a la petición de San Agustín a Dios para que le concediera la virtud de la castidad: “Dame castidad y templanza, pero no todavía.”

Los reformistas quisieran que la posición del secretario general se consolidara, y que ingresaran reformistas al Comité Central antes de que ese organismo eligiese genuinamente al secretario general y a otros miembros del Politburó y del Secretariado. Hoy día, esos líderes son elegidos oficialmente en las sesiones plenarias del Comité Central, pero la práctica común es que el Politburó presente uno o varios nombres al Comité, que se limita a ratificarlos unánimemente.

²⁷ *Pravda*, 28 de enero de 1987.

LA CORRELACIÓN DE FUERZAS

Se ha hablado ya de la correlación de fuerzas (para usar una expresión soviética que se aplica comúnmente a la fuerza relativa de las dos superpotencias en la arena internacional) en los niveles superiores del partido; pero debe prestarse atención también al problema más amplio de la correlación de fuerzas en la sociedad soviética en la lucha en favor o en contra de la reforma. Es un hecho innegable que la base social de la *perestroika*, entendida como programa de reformas económicas y políticas radicales, es muy reducida.

Todos los grupos sociales están divididos frente a las diversas facetas de la *perestroika*, y cada ciudadano en particular puede apoyar uno u otro elemento de la reforma. En consecuencia, es difícil hacer generalizaciones. Sin embargo, puede afirmarse que probablemente sólo en el seno de la *intelligentsia* haya un claro apoyo mayoritario al tipo de reforma que desean aplicar Gorbachev y sus seguidores.

Entre los trabajadores hay preocupación abierta por el aumento de los precios y por la movilidad laboral creciente que se dará conforme queden sujetos —si la reforma económica llega tan lejos como lo desean sus arquitectos— a la disciplina del mercado junto a la del plan. Por el momento, la introducción del control de calidad ha desembocado en el rechazo de una parte considerable de la producción de muchas industrias, que ha quedado por debajo de los estándares del Estado, con la consecuente pérdida de las bonificaciones de los trabajadores. Esto, sumado al drástico recorte de la producción y venta de alcohol (culpable de largas colas en las tiendas que aún lo venden) ha predisposto a millones de trabajadores contra la *perestroika*. Por supuesto, ellos, como el resto de la población, se benefician de la *glasnost*, pero antes de obtener beneficios de la reforma económica, la restructuración les hará la vida más difícil en sus lugares de trabajo.

A pesar de que este intento reformista es más serio que los del pasado, sobre la *perestroika* pesa un legado histórico: la repetida demanda que ha hecho el régimen a los ciudadanos soviéticos para que hagan sacrificios en el presente en aras de beneficios futuros. Incluso un intelectual soviético que siente simpatía por la reforma política respondió a mi comentario (de apoyo realista a la reforma económica), en 1987, en el sentido de que las cosas pueden empeorar antes que mejorar, con la siguiente exclamación: “¡Pero es lo que han venido diciéndonos durante sesenta años!”

El campesinado soviético ha permanecido hasta ahora más bien pasivo frente a la reforma, aunque podría ser uno de sus primeros bene-

ficiarios. Ciertamente, es de gran importancia que la reforma agrícola triunfe. Si al liberar a los campesinos de los grilletes ideológicos y burocráticos se elevara su nivel de vida, la *perestroika* ganaría el apoyo entusiasta del campesinado como grupo social, y la reforma económica obtendría una ventaja a corto plazo para los obreros industriales: una mejor oferta de productos alimentarios en las ciudades. Por el momento, la carne y los productos derivados de la leche escasean o son imposibles de conseguir en las ciudades de provincia.

La reforma agrícola que propone Gorbachev tiene un elemento clave: el “contrato colectivo” y el “contrato familiar”. Significa que un grupo —a menudo basado en la familia— llega a un acuerdo con la granja estatal o colectiva para organizar el trabajo en una parcela de terreno específica y para vender en el mercado libre lo que ésta produzca por encima de la cuota que debe entregar a la granja. Este arreglo tiene potencial para mejorar notablemente la producción agrícola y el nivel de vida de los campesinos. (En otros países comunistas, especialmente Hungría y China, donde se han aplicado reformas económicas radicales, la agricultura ha obtenido los primeros y más significativos logros.)

Hasta ahora, la devolución de autonomía a grupos de campesinos en la Unión Soviética no ha avanzado a la velocidad que quisieran los reformadores. Esto se debe, en parte, a que los secretarios del partido en los distritos y los administradores de las granjas estatales y colectivas, muestran poco entusiasmo frente a un cambio que implica disminución de su poder y de sus derechos para interferir en el agro; pero también es resultado del escepticismo del campesinado. En primer lugar, los nuevos arreglos darán mayores recompensas a los campesinos, pero les exigirán trabajar más; en segundo, mayores salarios son un incentivo inadecuado, a menos que mejore la oferta de bienes de consumo en el campo o, al menos, en las ciudades de provincia, y tercero, existe preocupación de que el campesino-empresario que es ahora sujeto de tantas alabanzas, sea el “nepista”, “especulador” o “capitalista” del mañana. Con esto quiero decir que el campesinado no tiene ninguna garantía de que no habrá un cambio político que dé lugar al predominio de una actitud diferente ante su independencia organizativa e incentivos materiales. En ésta, como en otras áreas de la reforma, es evidente que la nueva política necesita sustento legal. Hay necesidad —como lo han apuntado muchos reformadores— de una nueva ley que otorgue a las familias y a otras organizaciones campesinas un arrendamiento de largo plazo (tal vez 50 años para empezar) de la tierra que trabajarán para beneficio propio y el de la colectividad.

Con una visión más general, si se hace un corte horizontal a través

de los grupos sociales, pueden encontrarse diferencias entre las generaciones y los sexos en sus actitudes hacia Gorbachev y la reforma. Las mujeres parecen ser más pro-Gorbachev que los hombres (aunque el líder agrada a la mayoría de ambos sexos), debido en parte, tal vez, a que las mujeres apoyan más que los hombres las medidas antialcohólicas que se han asociado al nombre de Gorbachev (aunque el segundo secretario, Egor Ligachev, las sostiene con la misma fuerza). Dado que las mujeres desempeñan un papel considerablemente más reducido que el de los hombres en la vida política, las diferencias generacionales pueden ser más significativas.

En la Unión Soviética se usa la frase “hijos del vigésimo Congreso del partido”. Se refiere a aquellos que afectó profundamente el nuevo espíritu de crítica que inauguró el XX Congreso en 1956, cuando Krushchev expuso en una sesión cerrada muchos de los crímenes de Stalin. Por una parte, esa generación tenía suficiente edad como para entender lo que estaba sucediendo; por otra, era lo suficientemente joven como para ser capaz de adaptarse y cambiar su visión previa a 1956. Aunque obviamente hay excepciones, las edades de la mayoría de los “hijos del XX Congreso” fluctuaban entre menos de 20 años y poco más de 30 en 1956, por lo que este grupo tiene hoy día la edad en que la influencia política tiende a su punto máximo —aunque bajo Brezhnev las personas de más influencia eran diez años mayores. Es importante, en consecuencia, que esta generación haya iniciado su vida política en los años de Krushchev.

La generalización común de que una persona es más radical cuanto más joven, no puede aplicarse tajantemente en la Unión Soviética contemporánea. Es probable que, entre aquellos en edad estudiantil, esté conformándose una mentalidad más abierta como resultado de la *glasnost* de la era Gorbachev, y que cuando llegue su turno se conviertan en reformadores tan comprometidos, al menos, como los “hijos del XX Congreso”. Pero, al parecer, los que alcanzaron la madurez durante los años de Brezhnev son, en promedio, más conservadores o, al menos, más cínicos que las personas 10 años mayores. El estrato más conservador de todos es el de la vieja generación, que era ya adulta durante el gobierno de Stalin. En un sentido, los miembros de la generación que desarrollaron sus facultades críticas bajo Krushchev y que vivieron frustrados durante la era Brezhnev, ven el momento actual como su última oportunidad para dar sentido a sus vidas y reforman significativamente el sistema. Algunos de ellos se encuentran en el aparato del partido, aunque son más numerosos fuera de la burocracia, entre los profesionistas. No deja de ser significativo que Gorbachev mismo —que tiene

más de 50 años— pertenezca a esa generación. De hecho, el primer congreso del partido al que asistió como delegado fue el XXII, en 1961, cuando Krushchev atacó a Stalin con más fuerza aún que en 1956 y esa vez en sesión abierta.

PERESTROIKA: SIGNIFICADOS, FUNDAMENTOS Y PERSPECTIVAS

El concepto *perestroika* tiene un significado variable para diversas personas en la Unión Soviética. El término se presta a confusiones. Hay reformadores soviéticos que afirman que *Pravda* no está apoyando como debiera la *perestroika*. *Pravda* dice, por supuesto, que está totalmente a favor, pero sostiene una concepción menos radical de la *perestroika* de la que exponen revistas como *Novy mir*, *Ogonëk*, el periódico semanal *Moscow News*, o diarios menos conocidos en Occidente como *Sotsialisticheskaya industriya*, *Sovetskaya kultura* o *Moskovskiy komsomolets*. En un sentido, puede decirse que el principal periódico del partido, *Pravda*, está evitando dar apoyo sin reservas a cualquiera de las tendencias y grupos que compiten dentro del partido y que marchan todos bajo la bandera de la *perestroika*.

La *perestroika* puede, de acuerdo con sus diversos partidarios, significar la lucha contra el consumo de licor, la imposición de una disciplina estricta o saldar cuentas con el pasado. Pero puede significar también “reformas radicales”, en palabras del propio Gorbachev.

Aunque la vida es más fácil con una traducción única de *perestroika* en cada lengua extranjera, en teoría uno debería invocar una amplia variedad de palabras para distinguir cuándo un orador soviético habla de reorganización, reconstrucción o reforma. En la práctica, la palabra varía ampliamente de acuerdo con el contexto y la disposición política del que habla.

Si hubiera que elegir un solo término para encapsular lo que los reformadores más serios tienen en mente, yo escogería “reconstrucción”. Sin embargo, esto trae a colación un problema que a menudo se pasa por alto en el habla corriente en la Unión Soviética y el Occidente respecto a la *perestroika*. Para ponerlo en palabras de un prominente historiador moscovita: “Debemos saber qué es lo que deseamos reconstruir.”²⁸

Esto, a su vez, presupone una investigación a fondo de toda la his-

²⁸ Entrevista con Yurii Afanasev, rector del Instituto Histórico de Moscú, 24 de septiembre de 1987.

toria soviética, la búsqueda de fundamentos sobre los que valga la pena construir, y una diferenciación entre estructuras que pueden adecuarse a la renovación y otras que tienen grandes probabilidades de desaparecer. En consecuencia, los intelectuales del partido que toman en serio la necesidad de reconstruir o de aplicar una reforma radical, presionan también para que se renueven las ciencias sociales (donde se ha logrado ciertamente un avance) y el estudio de la historia (donde el avance es mucho más lento), como condición necesaria para que el cambio político y económico no repita los errores y las tribulaciones del pasado.

El periodo que valora cada vez más favorablemente Gorbachev y que en la mente de muchos reformadores se acerca más a la noción de una época donde puede encontrarse algo digno de reconstruir, son los años de la Nueva Política Económica iniciada por Lenin en 1921 y destruida por Stalin en 1928. Gorbachev ha elogiado este periodo como uno lleno de "iniciativa y creatividad". En su discurso del 2 de noviembre, en honor del 70 aniversario de la revolución bolchevique, afirmó: "Estamos volteando cada vez más a menudo hacia las últimas obras de Lenin y las ideas leninistas sobre la Nueva Política Económica, y buscamos extraer de esa experiencia todo lo que sea valioso y necesario para nosotros ahora."²⁰ A renglón seguido señaló que, ya que la Unión Soviética está en un periodo diferente de desarrollo, no todo lo que era importante entonces es apropiado hoy, pero su recuento fue el más positivo que haya hecho un líder soviético de un periodo que, por mucho tiempo, se consideró sólo como retirada táctica del socialismo pleno.

Para un observador occidental, parecería que ningún periodo de la historia soviética ofrece nada parecido a los cimientos ideales para construir un edificio. Pero la historia no es arquitectura, ni una página en blanco en la cual occidentales bien intencionados (y algunos mal intencionados) puedan escribir nuevos capítulos históricos de un pueblo apegado a sus tradiciones. Afortunadamente, estas tradiciones son más diversas de lo que a menudo se da por hecho, aunque debemos reconocer que fracasarían aquellos que desean reconstruir el sistema soviético, si no encuentran bases locales para esa reconstrucción.

Aquellos políticos occidentales que exigen nada menos que la asimilación instantánea de las normas e instituciones soviéticas a las occidentales, son poco realistas y ahistóricos. Están haciendo poco favor a los reformadores genuinos de la Unión Soviética. Incluyo a Gorbachev en esta categoría, aunque no es el más radical de ellos. No puede serlo, ya que, como líder de un partido con 19 millones de miembros que

²⁹ *Pravda*, 3 de noviembre de 1987.

engloba visiones, grupos e instituciones más diversos de lo que pudo aceptar jamás el viejo concepto totalitario, Gorbachev no puede permitirse estar demasiado adelante del grueso de sus seguidores. Pertenecer, sin embargo, al ala reformista del liderazgo, y si la tendencia política que representa llegara a triunfar completamente, la reorganización bien podría convertirse, en la teoría y en la práctica, en reconstrucción y aun en reforma.

Comentarios

El profesor Brown ha ofrecido una visión amplia y completa de los problemas que enfrenta actualmente la Unión Soviética. Su exposición también sugiere la reflexión sobre un tema más general que es para nosotros de una gran pertinencia y que se refiere a las posibilidades y restricciones que pueden presentarse en un sistema autoritario en transición.

Numerosos elementos de interés se desprenden de la presentación del profesor Brown; aquí sólo puedo destacar algunos. En primer lugar creo, como él, que la presencia del secretario general Gorbachev es en sí misma una esperanza considerable para las perspectivas del cambio en la Unión Soviética, y a diferencia de muchos observadores que consideran que estos cambios son meramente cosméticos o que tienen por objeto tan sólo satisfacer las exigencias de los países occidentales, creo que efectivamente parten de una convicción sincera respecto a la necesidad de adecuar el aparato político y administrativo de la Unión Soviética a los cambios que se han operado en la sociedad en los últimos años.

En este sentido es necesario recordar que con Mikhail Gorbachev ha llegado al poder en la Unión Soviética una nueva generación, cuya experiencia ya no son las luchas heroicas de la preguerra ni de la segunda guerra mundial, sino que son los "hijos del XX Congreso", como bien citó el profesor Brown, y el propio Gorbachev ha dicho: "Somos todos hijos de nuestro tiempo". El significado de un comentario de esta naturaleza no puede escapárenos en un sistema en el que las autoridades políticas han tendido a fundamentar parte de su legitimidad en la grandeza de las luchas pasadas; Gorbachev, en cambio, ha buscado apoyarse más en la promesa de un proyecto y de un futuro atractivo para la sociedad soviética. Sólo este cambio de lenguaje es suficientemente refrescante como para pensar que la propuesta de reforma de Gorbachev es sincera y va más allá de un mero rearrreglo, de una simple operación de salvamento de las estructuras políticas y administrativas.

Lo que está ocurriendo en la Unión Soviética resulta particularmente sugerente para países que han vivido procesos similares, donde el proyecto de modernización impuesto primero por la élite en el poder propició tales cambios en la sociedad, que en un momento dado ésta logra superar estructuras políticas que en un primer momento eran mucho más modernas que ella misma. Tengo la impresión de que lo que está ocurriendo en la Unión Soviética es un proceso de ajuste, de cambios, de adaptación de las estructuras de gobierno a una sociedad que en los últimos 30 años ha experimentado cambios fundamentales. Como si en el periodo anterior se hubiera producido un divorcio entre la sociedad y el poder, creándose entre ambas una distancia que permitió a la sociedad desarrollar estructuras de organización paralelas, ajenas al poder. De tal manera que los cambios propuestos por Gorbachev parecerían un intento por asimilar esas nuevas estructuras de organización social.

Por esta razón las esperanzas de cambio en esta ocasión son mayores, porque éste no parece ser simplemente resultado de una decisión de la élite, sino que es una respuesta a la sociedad. En esa medida el cambio está fincando su propio alcance, y podemos esperar que las reformas tengan mayor longevidad que la que le auguran algunos de sus críticos más severos. También es probable que, dado que estas reformas están respondiendo a cambios sociales, dar marcha atrás fuera más difícil o en todo caso que el costo del fracaso de la *glasnost* fuera muy elevado.

Uno de los primeros puntos que pueden descubrirse aquí es el presupuesto, implícito en la presentación del profesor Brown, de que en sistemas autoritarios aparentemente las reformas sólo pueden venir de arriba. ¿Es esto necesariamente así? ¿Es inevitable que el cambio sólo provenga de arriba? Me parece que la misma presentación ofrece elementos para argumentar que los cambios políticos no son resultado sólo de los impulsos autodefensivos del sistema, sino que éste intenta asumir la dirección de un cambio que ha nacido en el seno de la sociedad y ya no del poder.

Por otra parte, el proceso soviético también ofrece un ejemplo de los límites que puede encontrar este tipo de proyectos reformistas. En ese sentido es interesante destacar que el liderazgo soviético actual se ha propuesto hacer del partido un instrumento de cambio, de manera que ya no es nada más una única vía posible de participación sino que es visto nuevamente como una herramienta de organización, cualidad que había perdido en años anteriores. Esta intención es en sí misma un desafío, porque el partido es una estructura en la que están atrincherados algunos de los intereses creados más sólidos dentro del aparato de poder en la Unión Soviética. Por esta razón cabe señalar que el partido comunista puede ser un obstáculo para el cambio desde esta doble perspectiva, tanto porque incorpora las resistencias a modificaciones profundas, como porque sin su participación los líderes soviéticos carecerían de un instrumento central para su proyecto.

Lo anterior me conduce a señalar que la exposición del profesor Brown no dio cabida a los probables obstáculos a las reformas soviéticas. Primero, para Brown un elemento medular de los planes de Gorbachev es la relación

entre la reforma económica y la reforma política, y en este respecto la precedencia que otorga a la primera como palanca para impulsar la segunda. Luego, es de notar también la importancia que para el proyecto de Gorbachev tiene la relación entre la política interna y la política exterior, porque aun considerando que el reformismo soviético actual nace de demandas y necesidades sociales, el hecho es que también son muy poderosas las presiones internacionales tendientes a inducir cambios dentro de la Unión Soviética, y es muy probable que aquéllas también hayan por lo menos aumentado el sentido de urgencia del cambio.

La vinculación entre la reforma económica y la reforma política plantea ciertos problemas porque subordina esta última al éxito de la primera. Habría que preguntarse si no es éste un compromiso oneroso sobre un proyecto social apremiante, y si esa vinculación es ineludible.

Como lo señala el profesor Brown en alguno de sus artículos, el liderazgo soviético no sabe bien a bien cuál puede ser el alcance de las reformas que propone y hasta dónde puede llevarlas a cabo. En este momento Gorbachev se encuentra en la posición del reformista, una de las más ingratas y más frágiles. El líder reformista suele quedar encerrado entre quienes piensan que está haciendo poco, o que lo está haciendo muy lentamente, y quienes piensan que está haciendo demasiado o lo está haciendo muy rápidamente. Todos conocemos cuán riesgosas pueden ser estas situaciones, porque el camino de la democracia está sembrado de buenas intenciones reformistas y no sería ésta la primera vez que el líder promotor del cambio se quedara solo, dejando insatisfechos a todos para que ni siquiera la historia lo absuelva.

El problema de las élites reformistas en este tipo de sistemas no es únicamente el enfrentamiento con intereses creados —sea la burocracia o el ejército, que se oponen a cambios que amenazan sus privilegios—; entre las resistencias al reformismo hay que tomar en cuenta la desconfianza hacia la política que se va gestando en estas sociedades a lo largo de los años de la dominación autoritaria. Esta desconfianza, que en la mayor parte de los casos es fruto de largos años de despolitización inducida por el propio aparato del poder, es fruto también de la apatía y de la experiencia negativa de la antidemocracia. En las sociedades que viven bajo regímenes autoritarios la política es vista fundamentalmente como un instrumento para perpetuar el monopolio del poder y como generadora de corrupción. Así, en términos generales la sociedad tiende a rehuir la política para evitar la repetición de esas experiencias. Éste es un riesgo importante porque en esta desconfianza reside también la contradicción a la que se enfrentan los reformadores: que el repudio de la sociedad por la política puede conducir a que la minoría que se ocupa de ella siga siendo minoría, y que persista como asunto exclusivamente para profesionales y no como un instrumento para asegurar la participación o la representación de la sociedad. Este riesgo se añade a los arriba señalados para aumentar la posibilidad de aislamiento de los reformistas. Esto también significa que Gorbachev tiene que luchar contra las inercias que ha generado el monolitismo anterior y contra la desconfianza de la sociedad, porque en este caso también tiene que reha-

bilitar la política y darle prestigio a los ojos de la sociedad.

Es cierto que Gorbachev ha actuado con gran cautela para evitar que se disparen procesos de cambio desordenado, pero quizá el problema estriba en que los desajustes se producen de cualquier forma, pese a que, como se nos dijo, las reformas son limitadas, pues aunque se hable de elecciones libres nada hay respecto a la posibilidad de nuevos partidos o al reconocimiento de las autonomías regionales.

Es éste un problema serio, porque la reforma política debería suponer también la descentralización, que en el caso de la Unión Soviética puede tener efectos disruptivos considerables, en la medida en que abre la puerta al florecimiento de los nacionalismos y a las reivindicaciones de las minorías.

Por lo anterior es de llamar la atención la referencia del profesor Brown al pluralismo y al significado novedoso que se le está dando. Porque, por lo menos para muchos otros, la reforma política soviética tenía por objeto más que nada ampliar la participación antes que reconocer la importancia del pluralismo. El profesor Brown, en cambio, nos presentó el pluralismo como una noción central y al hacerlo respondió a algunos de los críticos del reformismo soviético que temen que el liberalismo del liderazgo actual no sea más que una estratagema, cuyo único propósito es reconocer los centros de oposición para segarlos. De manera que sí creo que en verdad el pluralismo ha sido recuperado como una forma posible de expresión de la sociedad, entonces no hay mucho que temer a este respecto porque en este pluralismo estaría realmente la semilla de un cambio político profundo.

Dos comentarios finales, respecto al problema de la democratización y al de la oposición. El profesor Brown afirmó que es preciso implantar procesos de elección competitiva pero claro, una vez que se haya consolidado la presencia del nuevo liderazgo político, pero entonces ¿cuál oposición es tolerable o lo son todas? Éste es uno de los primeros problemas a que se enfrenta todo proyecto reformista. Otro asunto importante es el de la personalización del poder, uno de los principales riesgos del proyecto reformista soviético. Aparentemente se ha tratado de escapar a él, pero no parece tan sencillo porque Gorbachev ha fortalecido su presencia en el poder explotando su atractivo personal, interna y externamente. En Occidente la prensa ha subrayado su habilidad personal, su capacidad, la simpatía de su esposa, en fin, hay una especie de reflejo de personalización de los procesos políticos que en este caso es sumamente peligrosa. Habría que preguntarse hasta qué punto la reforma política está comprometida con la persona del líder, porque en esta diferenciación entre el líder que la encabeza y el cambio institucional está la supervivencia de la misma reforma.

SOLEDAD LOAEZA

Muchas gracias al profesor Brown por su exposición tan detallada y minuciosa respecto a los cambios y reformas en la Unión Soviética. Creo que su exposición es muy optimista. En una conferencia dictada en 1967 en la Universidad Libre de Berlín, el autor de la *Introducción a la lectura de Hegel* decía que, desde un punto de vista estrictamente histórico, la Unión Soviética había llevado a cabo su Revolución Francesa, y que el primer tramo del bonapartismo robespierrano soviético sería largo y doloroso. Los soviéticos le parecían norteamericanos pobres y agregaba que la futura lucha política en la Unión Soviética tendría por objeto convertirla en una nación occidental y moderna, libre del yugo de la necesidad. Por discutible que nos parezca esta apreciación hegeliana, que sigue viendo en Europa el fin de la historia universal, la lectura de *Perestroika* de Gorbachev me recordó esa conferencia.

Al parecer, la *perestroika* responde —ninguno de sus voceros lo ha dicho— a una crisis total del sistema político, económico y social de la Unión Soviética. Se sabe, en el terreno económico, la caída continua desde hace 30 años; los índices de crecimiento, de hecho, han llegado prácticamente a cero, y los planes quinquenales han fracasado en partes vitales de la economía. Ha bajado el nivel de vida y hay un deterioro alarmante de los servicios sociales (educación, sanidad y vivienda) con increíbles consecuencias: aumento de la mortalidad infantil, reducción de la expectativa de vida y conductas antisociales (alcoholismo, corrupción, ausentismo laboral, actitud negativa ante el trabajo y ante la propiedad socialista).

Las raíces de esta crisis son de carácter político e ideológico y afectan el centro del sistema. Gorbachev quiere ver tres causas fundamentales: 1) esclerosis de la ideología; 2) errores de dirigentes anteriores; 3) que las relaciones de producción del sistema soviético se hayan convertido en un obstáculo infranqueable al desencadenamiento de las fuerzas productivas. No creo que en ningún momento la política o el proyecto de reforma de Gorbachev quieran transformar esa relación profundamente desigual entre un Estado dueño de todos los medios de producción y los trabajadores de cualquier tipo, privados no sólo de los medios de producción (como en el capitalismo) sino de cualquier control democrático sobre ese empresario gigantesco y único que son el Estado y el Partido Comunista. Gorbachev se ha detenido —todo parece señalarlo— ante esta hipótesis de que la verdadera causa pueda ser el monopolio de poder que ejerce el Partido Comunista. Si aceptara esta hipótesis, no reformaría el sistema sino lo cambiaría. Desde tiempos de Stalin, el mecanismo de gestión económica consistió en una forma de planeación hipercentralizada, rígida y minuciosa que sometía las unidades productivas. Conocemos los resultados. La crítica de Gorbachev al estalinismo ha sido menos espectacular que la de Khrushchev, sin embargo, ha lanzado un tema insólito: la democratización. Gorbachev cree que las causas de la crisis están en las estructuras mismas del sistema y ha dicho que se agravarán cada día por el retraso en reconocerlas. Sin embargo, me parece que borró de golpe el terror estalinista, el Gulag y las denuncias de Khrushchev.

Por lo que parece, Gorbachev quiere instaurar una hegemonía de la cien-

cia en estrecha relación con la práctica, perfeccionar la planeación por medios científicos, liquidar los métodos administrativos obsoletos e imponer criterios de rentabilidad económica. En otras palabras, quiere el dominio de la acción racional respecto a fines, como quería Max Weber; es decir, autonomía de las unidades económicas en un terreno hasta ahora reservado a los organismos burocráticos de planeación, inversiones racionales, disponibilidad de los beneficios, salarios, precios y desarrollo de la autogestión de las empresas. Esta racionalización o modernización —no sin conflictos— es compatible con el sistema socioeconómico. La enorme dificultad es que esas medidas se enfrentan a grupos poderosos: el ejército, los sindicatos y la burocracia.

La *glasnost*, en el terreno de la información y en el debate de los medios de difusión, parece hasta ahora posible, pero mientras se mantenga el monopolio político del partido, con su legitimación ideológica, me parece que no habrá nada que hacer. La posibilidad de que en las listas electorales para los diputados de los soviets pueda haber más de un candidato, es una idea muy saludable, pero en el proyecto de ley de la empresa estatal se prevén también elecciones democráticas para los cargos de dirección, que, por la historia soviética, me parecen imposibles. Gorbachev no quiere la abolición del monopolio del poder del Partido Comunista. La palabra *glasnost* —el profesor Brown lo sabe mejor que yo— no quiere decir apertura en ruso en el mejor de los sentidos, sino, como los franceses lo han traducido, transparencia. Esto quiere decir más participación de la población en estas reformas que pluralismo. No sé qué entienden los soviéticos por pluralismo, sobre todo en la exposición que ha hecho el doctor Brown.

Para mí, la dificultad reside en que esas reformas siguen afectando los intereses y las cuotas de poder, los privilegios económicos de grupos poderosos, y que el entusiasmo ante las reformas de Gorbachev nos hace olvidar la tenacidad del poder establecido. Gorbachev, me parece, no se propone tanto la pluralidad de las políticas, sino que insiste en una reforma que excluya al Partido Comunista. Entonces, ¿de qué democratización se trata? Creo que estamos ante una vieja historia que se repite cuando se trata de reformar un sistema político en crisis sin cambiar el sistema. Frente a este riesgo retrocedieron todos los intentos anteriores de reforma en la URSS. De ahí que Gorbachev proceda con cautela, ensayando pequeñas dosis de democratización con grandes dosis de selección de nuevos cuadros por métodos nada democráticos.

Para resumir, creo que si quitamos el velo de la utopía y dejamos de ver la URSS como etapa final, sociedad sin clases, paraíso, reino de Dios en la tierra, lo que vemos es la formación de una nación increíble, entre 1917 y 1987, que escribe su historia dentro de las líneas del proceso de modernización y de racionalización que, a la larga, no puede evitarse.

JOSÉ MARÍA PÉREZ GAY

El último proceso de nominación del candidato del PRI a la presidencia de la República comportó la novedad de que los seis precandidatos fueron oficializados por una invitación del Comité Ejecutivo Nacional del Partido para que compitieran entre sí mediante una presentación pública de sus puntos de vista políticos. Una revista estadounidense calificó el proceso como “*glasnost* a la mexicana”. Ciertamente, ésta no es la comparación más afortunada, pero refleja la atracción intelectual por establecer analogías entre los intentos por renovar, a fines del siglo XX, los regímenes políticos, económicos y sociales de la Unión Soviética y de México.

Sin duda hay enormes diferencias entre México y la Unión Soviética y sus regímenes. El que aquí predomine el idioma español y allá el ruso es sólo una de ellas y quizá no sea la mayor. Sin embargo, también hay analogías fundamentales. Me referiré a ocho que puedo percibir.

En primer lugar, ambos regímenes tienen en común que surgen de las más distinguidas revoluciones sociales de principios de siglo, la mexicana, que estalla primero, y la bolchevique, cuando aquélla buscaba expresión constitucional.

En segundo lugar, de ambos regímenes se estructura un Estado altamente intervencionista en la sociedad, en la economía, en la política y en la cultura. En la Unión Soviética, si bien el intervencionismo estatal no es absoluto, el mercado, la libertad política y la expresión individual tienen un espacio de lo más marginal. En México, si bien la propiedad privada de los factores de la producción y de bienes y servicios, y las libertades de política y de expresión, son principios constitucionales, su desarrollo ha estado sujeto a un significativo condicionamiento estatal.

En tercer lugar, ambos regímenes han comportado el monopolio del poder por un partido político: en la Unión Soviética, el Partido Comunista, estructurado a partir de la ideología marxista-leninista y el principio de la dictadura del proletariado; en México, el Partido Revolucionario Institucional (y sus antecesores, el Partido Nacional Revolucionario y el Partido de la Revolución Mexicana), estructurado a partir de la integración de jefes revolucionarios autónomos dispersos en el territorio nacional y legitimado por su triunfo y el poder consecuente.

La cuarta analogía es una crisis sin paralelo en la historia de los dos regímenes por la corrupción de sus instituciones para cumplir con la ideología y los valores que las inspiraron. A lo largo del desarrollo de ambos se generan intereses que surgen, se alimentan y crecen precisamente de la negación de valores fundamentales como la justicia, la responsabilidad política, la productividad económica y la creatividad intelectual y estética. La búsqueda de cada uno de esos valores presupone la de los demás, como su corrupción corresponde a una tendencia degenerativa integral.

La tendencia a la corrupción de las instituciones económicas no sólo comporta la asignación de recursos productivos de la sociedad a usos improductivos para la mayor parte de la sociedad. Esa transferencia también requiere de inequidad e injusticia en la distribución de recursos escasos, el beneficio

de los menos y el perjuicio de los más, que sólo puede sustentarse en la irresponsabilidad política por el ejercicio del poder frente a lo que los más demandan y necesitan. La crisis es que las instituciones políticas se inmunizan de responsabilidad frente a los gobernados, burocratizando el poder, estructurándolo de arriba hacia abajo, cortando su oxigenación a partir de la voluntad de los gobernados. Las instituciones educativas y culturales degeneran para convertirse en *ad lateres* del proceso de burocratización, inmunizándose, por un lado, de la responsabilidad por formar en los valores universales de las artes, de las ciencias, de la técnica, y obstruyendo, por otro lado, la creatividad y la productividad que esa responsabilidad comporta.

La quinta analogía entre ambos regímenes son los intentos de renovación frente a la crisis ocasionada por la corrupción, no sólo para prevenir su colapso, sino para lanzarlos a su rencuentro con los valores de justicia, responsabilidad, productividad y creatividad. La plataforma política de “renovación moral”, con la cual el presidente Miguel de la Madrid fue elegido, y la dualidad *glasnost-perestroika* propuesta por el primer secretario Gorbachov, acreditan las reacciones más significativas de los regímenes a la corrupción de las instituciones para realizar los valores que las inspiraron.

Mi trabajo intelectual, político y profesional me identificó con la plataforma original de la renovación moral en México y con otros intentos renovadores previos, pero mi conocimiento de la Unión Soviética, de sus procesos económicos, políticos y culturales en curso es muy limitado. Sin embargo, tengo la impresión de que hay una sexta analogía. La renovación en la Unión Soviética y en México tienen como denominador común un requisito fundamental para su éxito: cortar los lazos con los intereses creados que viven de la corrupción, y prevalecer políticamente sobre ellos.

La séptima analogía es que ese proceso debe darse desde dentro de las estructuras políticas que integran los partidos de los regímenes revolucionarios, a partir de una profunda convicción ético-política. No puede ser impuesto de fuera. La coacción externa polariza, debilita el poder renovador y fortalece los intereses corruptores dentro del régimen.

El fracaso de los movimientos reformadores o renovadores cuando llegan al poder para llevarlos a cabo en buena medida está en la inseguridad e inoportunidad para confrontar y someter los intereses antagónicos y las estructuras corrompidas que los sostienen. Se pierde la energía renovadora en lo secundario, en lo retórico, en lo formal, en lo burocrático, y se negocia lo fundamental de la renovación, lo ético-político, con quienes lo antagonizan.

El profesor Archie Brown explicaba el atraso de las reformas fundamentales de la *perestroika* recurriendo a una petición de San Agustín a Dios: “concédeme ser casto, pero no por el momento”. Siguiendo su referencia, la conciliación de la castidad con la lujuria es falsa, comporta la derrota de la castidad y el triunfo de la lujuria.

El profesor Shmeliov nos ha explicado cómo estos movimientos renovadores en la Unión Soviética ideológicamente están fundados en la vuelta a valores leninistas originales de su revolución. Si se recuerda cómo fueron derrota-

dos esos valores originales por el estalinismo, no fue precisamente con peticiones de tiempo a Dios y posponiendo el afianzamiento del poder. Fue "purgando" del poder a los rivales. En el sentido opuesto, en México el presidente Lázaro Cárdenas hizo prevalecer en los años treinta los valores fundamentales originales de la Revolución Mexicana frente a la corrupción que obstruía su realización, ejerciendo el poder también para "purgar" —valga la expresión— del mismo a los intereses corruptores y obstrutores que permeaban el aparato político y burocrático.

Cabe preguntar: ¿cómo será posible la renovación en las condiciones actuales? El profesor Shmeliov nos recordó la improcedencia de las sangrientas purgas estalinistas para fundar un proceso de renovación actual en la Unión Soviética, que precisamente buscara afirmar el humanismo y los valores que esas purgas aniquilaron durante tanto tiempo. Sin embargo, también cabe recordar que la "purga", o más bien la limpia política del presidente Cárdenas, se distinguió por la ausencia de violencia y mucho menos de sangre. (Ciertamente la muerte del general Saturnino Cedillo bajo ningún punto de vista puede considerarse como un homicidio político. Fue el resultado de la supresión de una rebelión armada y del rechazo del general Cedillo a los ofrecimientos hechos por el presidente Cárdenas a deponer su desafío violento.) Ésta es una de las grandes distinciones históricas entre los regímenes revolucionarios de la Unión Soviética y de México.

Finalmente, creo que la octava analogía está en que la clave del éxito de la renovación de ambos regímenes está en su aptitud política para encontrar una fórmula como la que encontró el presidente Cárdenas para cumplir realmente con valores fundamentales de la Revolución Mexicana hace medio siglo. Los elementos de su fórmula fueron sustentar su renovación abajo, en el bien de los más, y dirigirla desde arriba con convicción, seguridad y decisión.

SAMUEL I. DEL VILLAR